

Marxistas, liberales y revisionistas: una aproximación a la historiografía de la Revolución Rusa

Jorge Saborido

Resumen

El objetivo del trabajo es el de revisar las principales tendencias de la producción historiográfica elaborada sobre el tema de la Revolución rusa, destacando tanto la influencia ejercida sobre ella por los acontecimientos políticos de cada época como las repercusiones que tuvieron sobre la tarea de los historiadores las tendencias filosóficas, sociales y culturales que se manifestaron desde 1917 hasta la actualidad.

Palabras clave: marxismo, liberalismo, conservadurismo, revisionismo, postmodernismo.

Marxism, Liberalism and Revisionism. An Outline of the Historiography of the Russian Revolution"

Abstract

This paper aims at a revision of the main approaches to the historical production around the Russian Revolution. It highlights not only the influence exerted upon them by the political events of the twentieth century but also the impact that these conceptual paradigms have had upon philosophical, social and cultural trends since 1917 onwards.

Key words: marxism, liberalism, revisionism, postmodernism.

Marxistas, liberais e revisionistas: uma aproximação da historiografia da Revolução Russa

Resumo

O objetivo do trabalho é o de revisar as principais tendências da produção historiográfica elaborada sobre o tema da Revolução Russa, destacando tanto a influência exercida sobre ela pelos acontecimentos políticos de cada época como as repercussões que tiveram sobre a tarefa dos historiadores as tendências filosóficas, sociais e culturais que se manifestaram desde 1917 até a atualidade.

Palavras chave: marxismo, liberalismo, conservadorismo, revisionismo, pós-modernismo.

El objetivo de este trabajo es el de revisar las principales tendencias de la producción historiográfica elaborada respecto de un acontecimiento de trascendencia como es el de la Revolución Rusa. Los estudios sobre el tema estuvieron, por supuesto, atravesados por una serie de acontecimientos de todo orden, desde la crisis de la década del treinta y la Segunda Guerra Mundial hasta el derrumbe del socialismo entre 1989 y 1991, pasando por la Guerra Fría y sus repercusiones. Además, en el ámbito estrictamente historiográfico, las explicaciones estuvieron influenciadas por el auge del marxismo, por la posterior repercusión alcanzada por la historia social y, finalmente, por el impacto de las concepciones posmodernas.

En líneas generales, y a los efectos de brindar una visión sintética de la cuestión, podemos hacer referencia a la existencia de tres grandes corrientes historiográficas: el marxismo, las corrientes liberales y el 'revisionismo' (2).

En principio, vamos a resumir a las líneas fundamentales de la visión marxista del proceso revolucionario, para lo cual haremos una imprescindible distinción entre la visión soviética y la interpretación desplegada por Leon Trotsky.

La historiografía marxista

El materialismo histórico, a partir de una serie de postulados enunciados por Karl Marx, 'deducía' la dirección de la historia (3); por lo tanto, la revolución de 1917 era un acontecimiento susceptible de ser explicado en términos de los instrumentos aportados por su obra.

La ortodoxia soviética

Para los historiadores soviéticos, la Revolución Rusa es justamente la mayor prueba de la vigencia de la existencia de leyes generales de la evolución histórica, descubiertas por Marx y desarrolladas por Lenin.

Los aportes de Lenin a la teoría marxista pueden sintetizarse en tres puntos: 1) el capitalismo a fines del siglo XIX alcanzó una etapa superior de desarrollo, el imperialismo, caracterizado por la concentración económica, la exportación de capitales y la expansión del dominio capitalista a nivel planetario; 2) en las nuevas condiciones surgidas del imperialismo, la revolución puede estallar no donde éste es más sólido sino que puede hacerlo 'en el eslabón más débil de la cadena imperialista'; 3) el éxito de la revolución depende no sólo de la presencia de factores económicos y sociales 'objetivos' sino también de condiciones 'subjetivas': la organización del proletariado en un movimiento revolucionario caracterizado por la conciencia de clase. El papel fundamental en esta situación le corresponde al partido revolucionario, un 'partido de nuevo tipo', disciplinado y centralizado en su organización, abocado a la concreción de los objetivos revolucionarios

Según estas explicaciones, hacia finales del siglo XIX en Rusia se puso en marcha un proceso de desarrollo del capitalismo, pero las insolubles contradicciones del régimen zarista y la brutal explotación del capitalismo, agravada por la situación semifeudal y subordinada del campesinado, generaron crisis revolucionarias en 1905 y 1917. El proletariado estableció su hegemonía sobre el movimiento de masas que derrocó al zarismo, y los intentos del Gobierno Provisional de consolidar el poder de la burguesía fracasaron rotundamente. A lo largo de 1917 el proletariado, liderado por los bolcheviques, se apartó de su vinculación inicial con los mencheviques, socialistas revolucionarios y movimientos nacionalistas burgueses de las nacionalidades periféricas, y en octubre, aliado con el campesinado pobre, desencadenó la revolución socialista. Con Lenin a la cabeza, los bolcheviques desplegaron una incansable actividad para transformar la protesta ‘espontánea’ del proletariado en acción revolucionaria, hasta obtener finalmente el éxito. El triunfo que alcanzaron en octubre justamente mostró la capacidad de Lenin para captar las transformaciones experimentadas por el capitalismo en su fase imperialista, al crear las condiciones para que la revolución se produjera en un país atrasado, en el ‘eslabón débil’ de la cadena imperialista.

Por otra parte, para los historiadores soviéticos la interpretación marxista-leninista de 1917 era confirmada por la evolución posterior de la historia de la Unión Soviética y, a pesar de los enormes obstáculos que se presentaron —la destrucción producida por la guerra civil desencadenada por las antiguas clases dominantes apoyadas por los países capitalistas, el aislamiento internacional sufrido en el período de entreguerras, el impacto de la invasión de Adolf Hitler y la continua hostilidad de las potencias occidentales—, el proceso de construcción del socialismo continuó. Bajo el liderazgo del Partido Bolchevique (Partido Comunista a partir de 1918), la clase trabajadora llevó a cabo esta tarea poniendo en marcha una agricultura colectivizada y desarrollando un programa industrializador que la transformó en una potencia económica. La lucha de clases fue superada, desapareció la desocupación, y el nivel de vida del conjunto de la población mejoró de manera sustancial.

Desde el punto de vista soviético, la propagación de la interpretación marxista-leninista de la revolución estaba estrechamente vinculada con la construcción del socialismo. La Historia constituía una parte vital de la lucha de clases, por lo que una adecuada explicación de la revolución estaba destinada a jugar un papel central en el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores, en apuntalar la confianza de las masas en la tarea de edificar el socialismo bajo el liderazgo del partido. Como las clases burguesas inevitablemente actúan para distorsionar la verdad; es entonces tarea del partido, de los historiadores soviéticos, profundizar y divulgar la visión marxista-leninista de la Revolución de Octubre.

En fecha tan temprana como 1920 se creó una comisión especial para relevar el material documental vinculado con la historia del Partido Bolchevique y los eventos de 1917. El acceso a los archivos fue celosamente custodiado y se estableció una rígida

censura para bloquear las distorsiones contrarrevolucionarias. Asimismo, y como una novedosa obra reciente lo muestra con claridad (Corney 2004), con presteza se inició el proceso de elaboración de un discurso oficial de la revolución destinado a legitimar el acontecimiento y el papel de los bolcheviques en el mismo.

No obstante, durante la década del veinte, la línea del partido estuvo lejos de ser monolítica: visiones enfrentadas de la revolución formaron parte importante del arsenal utilizado en la lucha por el poder. Con el triunfo de Stalin, en cambio, se estableció un control centralizado sobre las interpretaciones históricas; las voces disidentes fueron acalladas y surgió así una línea única, rígida y sin matices. Esta postura culminó en 1938 con la publicación de la “Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (Bolchevique). Breve Curso” (1975), en la que se realizó una grosera deformación de la realidad a los efectos de sobrevalorar el papel de los bolcheviques en todo el proceso (y, de paso, desprestigiar a los dirigentes que habían sido objeto de las purgas por parte de Stalin, empezando por Trotsky).

La visión stalinista produjo un daño irreparable a la reputación de la historiografía soviética, y sus representantes perdieron toda credibilidad. Sólo el nuevo rumbo político adoptado por su sucesor, Nikita Khrushchev, a partir de mediados de la década del cincuenta, modificó parcialmente esta situación revisando la versión anterior; el acceso a los archivos fue facilitado y se publicó por primera vez una importante masa de nueva documentación (4). Para poner sólo un ejemplo, la 5ª edición de la Obras Completas de Lenin, publicada entre 1958 y 1965, triplicaba en material la más completa edición de la época stalinista. Por supuesto, los desafíos a la visión ortodoxa provocaron una fuerte resistencia, y muchos de los cambios iniciados durante la época de Khrushchev se hicieron más lentos durante el período dominado por la figura de Leonid Brezhnev. De cualquier manera, hasta la irrupción de la perestroika la historiografía soviética no se apartó de las proposiciones básicas de la interpretación marxista-leninista. La legitimación histórica de la Gran Revolución de Octubre, y la línea directa existente entre la victoria bolchevique y el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) del momento permaneció como una constante: era como el establishment se veía y aspiraba a ser visto.

La obra de Trotsky.

La figura de León Trotsky ocupa un lugar fundamental en el proceso que condujo al triunfo bolchevique, y su trayectoria ha sido objeto de no poca atención por parte de los historiadores (por ejemplo: Volkogonov 1997; White 1972) aunque sin duda es preciso destacar dos biografías polémicas que brindan interpretaciones contrapuestas pero constituyen elementos claves para entender el recorrido vital de este singular personaje (Broue 1988; Deutscher 1984, 1985, 1979), y una exhaustiva obra que revisa el conjunto de su pensamiento (Knei-Paz 1979).

En relación con el tema de la Revolución Rusa, Trotsky es autor de dos textos fundamentales, escritos cuando la lucha que libró contra Stalin tras la muerte de Lenin a principios de 1924 había concluido con su derrota, y se encontraba residiendo fuera de la Unión Soviética. Estas obras son la “Historia de la Revolución Rusa” (Trotsky 1985), publicada por primera vez en 1932, y “La revolución traicionada” (Trotsky 1992), texto de 1937 (5).

La “Historia de la Revolución Rusa”, una notable narración de los acontecimientos de 1917, ofrece, como es de esperar, una explicación del triunfo bolchevique a partir de los instrumentos de análisis brindados por el marxismo, completados por sus propias aportaciones. En este sentido, su punto de partida es la confirmación de que lo ya que había pronosticado en 1906 (Trotsky 1973), la idea de la ‘revolución permanente’, esto es, la evolución ininterrumpida desde el absolutismo al socialismo en Rusia y sus repercusiones sobre la revolución en otros países:

La Revolución de 1917 perseguía como fin inmediato el derrumbamiento de la monarquía burocrática. Pero, a diferencia de las revoluciones burguesas tradicionales, daba entrada en la acción, en calidad de fuerza decisiva, a una nueva clase, hija de los grandes centros industriales y equipada con una nueva organización y nuevos métodos de lucha. La ley del desarrollo combinado (6) se nos presenta aquí en su expresión: la revolución, que comienza derrumbando toda la podredumbre medieval, a la vuelta de pocos meses lleva al poder al proletariado acaudillado por el partido comunista. (Trotsky 1985, I: 38)

De esta manera, la revolución aparece como dando cumplimiento a un proceso que puede ser objeto de tratamiento científico: “Los acontecimientos se sucedieron como si obedecieran a las leyes de la gravedad” (Trotsky 1985, II: 475).

En relación con el tema crucial de la participación de las masas en los acontecimientos de octubre, Trotsky desarrolla en un capítulo titulado “El arte de la insurrección”, el argumento de que “del mismo modo que un herrero no puede tomar con su manos desnuda un hierro candente, el proletariado tampoco puede conquistar el poder con las manos vacías: le es necesaria una organización apropiada para esta tarea” (Trotsky 1985, II: 358). Así se justificaba la idea de Lenin de que para desplegar una estrategia revolucionaria orientada a la toma del poder —no sólo para derribar el régimen anterior— era preciso un partido que se constituyera en la vanguardia de la clase obrera.

En la explicación de Trotsky, entonces, la revolución aparece como el desenlace lógico de una coyuntura en la que las precondiciones ‘subjetivas’ para su estallido estaban dadas; de allí que hasta su muerte defendió el proceso que culminó con el triunfo de los bolcheviques.

En los análisis que realizó en la década del treinta, el problema se presenta con posterioridad a 1917: los acontecimientos internos —la guerra civil con su secuela de destrucción, miseria y también desmovilización; la instauración de la Nueva Política

Económica (NEP), que vigorizó la situación de la pequeña burguesía—, y la situación internacional, caracterizada por las derrotas sufridas por la clase obrera en distintas partes del mundo, contribuyeron a modificar de manera radical la situación, dando lugar al surgimiento de una nueva capa de dirigentes que desplazó a la ‘vieja guardia’ bolchevique. La joven ‘burocracia’ fue adquiriendo una autonomía creciente, despegándose de la clase obrera a la que debía servir, y apoyada en ella se produjo el encumbramiento de Stalin. Se transforma entonces la burocracia en la capa social privilegiada y dominante de la sociedad soviética, controlando el Estado, propietario de la mayor parte de los medios de producción y “expropiando políticamente al proletariado para defender con sus propios métodos las conquistas sociales de éste” (Trotsky 1992: 204).

La explicación liberal

Las interpretaciones de carácter liberal, de origen fundamentalmente anglosajón, rechazan de manera frontal las posturas provenientes de la visión marxista en general y soviética en particular. Para los historiadores enrolados en esta corriente, la historiografía proveniente de la Unión Soviética es una distorsión basada no en investigaciones académicas centradas en la búsqueda de la evidencia histórica sino en los requerimientos políticos del régimen surgido de la Revolución de Octubre. Una manera de exponer la argumentación central de los historiadores liberales sería la siguiente: lejos de ser el desenlace inevitable de la intensificación de la lucha de clases en Rusia, ven la revolución como un acontecimiento fortuito, surgido de la coincidencia de una guerra catastrófica, la falta de liderazgo del zar y la ineptitud de los grupos políticos liberales en un escenario político que recién había iniciado su tránsito hacia una democracia del tipo occidental. Los reclamos de los bolcheviques de representar los verdaderos intereses de las masas son rechazados como una arrogante postura surgida de una doctrina fundamentalmente falsa, y lejos de ver el triunfo del partido en Octubre como la expresión de los deseos de las masas rusas, lo ven como el producto del aprovechamiento de una situación de crisis por parte de una élite de fanáticos revolucionarios.

Frente al papel decisivo que los marxistas atribuían a la lucha de clases, los historiadores liberales enfatizaron la existencia de otras divisiones de importancia, como las divisiones nacionales, que en mayor medida permiten entender la coyuntura revolucionaria.

Su insistencia en la complejidad e indeterminación de la historia los llevó a poner en primer plano la importancia de los procesos políticos. Los historiadores liberales parten de la idea de que la noción de clase no brinda una explicación satisfactoria de las políticas desarrolladas por el Estado y los partidos de oposición: más que explicar la lucha política como una expresión de los conflictos de clase, la tradición liberal le atribuye a los actores una importante capacidad de acción autónoma. Esta significación de la actuación de los

‘grandes hombres’ aparece, por ejemplo, en uno de los historiadores británicos más dedicados al estudio de la Revolución desde la perspectiva que estamos analizando, Leonard Schapiro: su objetivo es

[...] estudiar a los principales personajes involucrados como seres humanos, no como exponentes de tal o cual teoría, o como representantes de estos o aquellos intereses de clase. He tratado sin ignorar, espero, los factores económicos y sociales, que éstos no me hicieran olvidar lo que la clave de toda situación histórica –los hombres que pensaron o actuaron de una manera u otra–. (Schapiro 1977, VII)

Los actores políticos no pueden entonces ser reducidos a marionetas que actúan respondiendo a influencias que les vienen desde abajo. Si bien no se descartan los aspectos económicos, sociales, culturales e ideológicos, otorgan decisiva importancia a las personalidades en su individualidad, forjadas por circunstancias que se vinculan con su historia personal.

El corolario de este énfasis en la crucial importancia y autonomía de la acción política es la tendencia a visualizar el papel de las masas como fundamentalmente subordinado (Daniels 1967; Keep 1976; Schapiro 1960; Ulam 1969). Se destacaba entonces que en la atrasada y en buena medida analfabeta sociedad rusa las clases bajas oscilaban entre la pasividad y la violencia irracional. En este último caso, sus acciones tendían a ser anárquicas y destructivas, el producto combinado de un intenso resentimiento y expectativas desmedidas. Ignorantes, políticamente inmaduros, estos sectores se movilizaban por rumores, propaganda, demagogia, sin objetivos propios. Por lo tanto, en la coyuntura de 1917 las condiciones generales –guerra, inflación galopante, empobrecimiento generalizado– lanzaron a las masas a la acción, pero el momento y el rumbo de su actuación dependieron del accionar de quienes supieron controlar políticamente la situación. En pocas palabras, las masas “se encontraron inmersas en eventos de importancia sobre los cuales no tenían ningún control” (Keep 1976, VIII). De todas las organizaciones socialistas, los bolcheviques eran los únicos que tenían claro lo que querían hacer: “Estaban empeñados en colocar a las masas bajo el control de los disciplinados grupos abocados a alcanzar los objetivos del partido” (Keep 1976: 470).

La hegemonía occidental de la visión liberal se vinculó durante muchos años con el limitado abanico de fuentes a los que tuvieron acceso los investigadores occidentales. En la misma, la atención se centró exclusivamente en los aspectos políticos e ideológicos de la revolución, antes que en sus dimensiones sociales y económicas. En parte, sin duda, esta orientación se relacionaba con el hecho de que durante la era stalinista los archivos soviéticos eran inaccesibles, y los documentos y memorias publicados en la Unión Soviética eran manifiestamente tendenciosos. Pero hay que decir también que muchas fuentes editadas durante la década del veinte no fueron suficientemente tratadas, dada la citada concentración exclusiva en los temas de carácter político. Además, cuando el acceso a las fuentes se incrementó en las décadas del cincuenta y sesenta, la tendencia no varió de manera significativa.

Se fue conformando así un consenso académico occidental alrededor de las posturas liberales, que recién comenzó a ser cuestionado en ámbitos muy puntuales durante la década del sesenta (7). Ese consenso, además, definía al régimen surgido de los acontecimientos de octubre de 1917 como ‘totalitario’ (Gleason 1995; Traversa 2001). Uno de los más caracterizados defensores de la utilización de este concepto en la versión elaborada en Occidente durante la Guerra Fría, el ya citado Leonid Schapiro, era también un experto dedicado al estudio de la Revolución Rusa (Schapiro 1960, 1977).

La visión revisionista

La emergencia de una escuela ‘revisionista’ en los estudios realizados en Occidente sobre la Revolución Rusa fue posible por la disminución de la tensión Este-Oeste a partir de fines de la década del cincuenta. Su cuestionamiento a la visión liberal fue equivalente a la disconformidad que sentían frente a las explicaciones soviéticas (8). Oponiéndose al ‘consenso’ occidental basado en las argumentaciones liberales, fue surgiendo una nueva corriente de investigadores que abordó los temas de la Revolución Rusa desde la perspectiva de la historia social, haciendo con frecuencia uso de métodos cuantitativos. Se fueron creando las condiciones como para que universidades occidentales enviaran estudiosos a consultar las bibliotecas y, en menor medida, los archivos soviéticos.

Tres son las principales direcciones que tomaron los estudios revisionistas:

1) Se comenzó a examinar el proceso revolucionario ‘desde abajo’, penetrando en el mundo de las fábricas, las aldeas y las trincheras (Raleigh 1987). Un amplio rango de fuentes fue utilizado para reconstruir las ideas y objetivos de las masas: desde correspondencia privada y cartas a la prensa hasta las innumerables publicaciones que emergieron tras la revolución de febrero; desde informes oficiales hasta las resoluciones de los *soviets* de obreros, soldados y campesinos. En la línea de los conocidos estudios realizados por Edward P. Thompson (1989), se publicaron detalladas monografías en las que se muestra cómo fue la experiencia de la revolución para los miembros de las clases subalternas.

2) Frente a la concepción liberal de que la revolución sólo podía ser entendida a partir del estudio del accionar de los principales actores políticos, los revisionistas se volcaron hacia el estudio del impacto que el accionar de los hombres comunes produjo sobre los acontecimientos políticos. Una de las consecuencias de estos estudios, por ejemplo, fue el de afirmar sin ningún género de dudas que en vísperas de octubre el Partido Bolchevique, lejos de ser una agrupación minoritaria de intelectuales radicales –tal como lo definía la visión liberal–, era un partido compuesto mayoritariamente por miembros de la clase trabajadora (Service 1979).

Más que analizar la historia ‘social’ aislada de los procesos políticos, se buscó entonces

destacar la interacción existente la experiencia popular y las mentalidades, por una parte, y la lucha por el poder, por la otra. Se analizaron las aspiraciones de las masas y se las consideró en su propia racionalidad. Las investigaciones se concentraron en las nuevas organizaciones de masas –soviets, comisiones de fábrica, comités de soldados, Guardias Rojos–, y la forma en la cual las mismas reflejaban justamente las demandas de las clases subalternas. En contraste con la visión liberal tradicional, estos trabajos sugieren que durante la revolución las masas actuaron sobre los líderes políticos tanto como éstos lo hicieron sobre aquéllas. En palabras de Steve Smith (1983), autor de una fundamental obra revisionista, “Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-1918”, los obreros estaban lejos de ser “irracionales, poco educados, e incapaces de una participación independiente en el proceso político” (p. 288). A las mismas conclusiones llegaron las investigaciones sobre el papel de los campesinos (Figs 2001): Allan Wildman (1987), autor de un detallado estudio sobre el Ejército Imperial –“Los campesinos en armas”–, concluye el mismo afirmando que no eran simples marionetas en manos de los bolcheviques sino activos agentes con su propia “visión de los problemas de la tierra y de la paz, y también de su liberación social, pero sobre todo de su capacidad colectiva de acción para alcanzar los objetivos propuestos” (p. 403).

3) La profundización en el estudio de las dimensiones sociales de la revolución ha sido complementada por los trabajos revisionistas en los campos de la economía y la política. Las visiones tradicionales respecto del desarrollo de la economía prerrevolucionaria han sido sometidas a cuidadosas revisiones (Davies 1998; Gatrell 1986, 1994), las que también se extendieron al estudio del Estado zarista, el gobierno provisional y los principales partidos políticos, desde los kadetes hasta los bolcheviques. Analizados en conjunto, los trabajos de los revisionistas han abierto el camino a una nueva visión en temas como el descontento popular durante el reinado de Nicolás II, el papel de la *intelligentsia* revolucionaria, las perspectivas de la economía y de las instituciones democráticas de corte occidental, y los procesos desarrollados en el mismo 1917 (9).

En resumen: la historiografía revisionista anglosajona produjo una cantidad significativa de estudios sobre diferentes aspectos de la era revolucionaria, desde la historia de diferentes sectores sociales, especialmente la clase obrera, la historia de la revolución en escenarios puntuales, y la historia de partidos y organizaciones políticas en su contexto social (Bonnell 1983; Koenker & Rosenberg 1989). No obstante, una crítica significativa a los estudios revisionistas fue que estos estudios parciales no dieron lugar al surgimiento de respuestas concretas a preguntas cruciales del tipo de: ¿hubo algún rasgo ‘particular’ en la clase obrera rusa, que permite explicar el estallido de la revolución?, ¿los sucesos posteriores a 1905 condujeron a que se forjara una conciencia de clase revolucionaria? (Smith 2001).

Sin embargo, el impacto producido por los estudios revisionistas fue muy significativo

durante la década del ochenta. Por una parte, al coincidir parcialmente con la irrupción de la *glasnost* en la Unión Soviética de Mijail Gorbachov, se produjo un acercamiento significativo entre historiadores soviéticos y occidentales, lo que permitió la realización de proyectos conjuntos. En esta línea, por ejemplo, se realizó la traducción al ruso de algunas de las obras revisionistas (10).

Otra de las implicancias de los trabajos elaborados por los investigadores revisionistas fue la de enfrentarse con los defensores de las tesis liberales, sosteniendo, entre otros temas, la existencia de causas profundas de índole socioeconómica, además de políticas, en la caída del zarismo y en el fracaso de los liberales y de los socialistas moderados. Por supuesto, afirmar que la Revolución de Octubre fue el resultado del accionar consciente de las masas constituía un ataque profundo en la línea de flotación de la visión liberal. La respuesta de los defensores de ésta no se hizo esperar, al sostener que el objetivo de los revisionistas era ‘restablecer la vieja leyenda bolchevique’.

Sin embargo, la corriente revisionista se enfrentaba también con las tesis centrales de la ortodoxia bolchevique. Por una parte, al destacar el accionar de una clase obrera con objetivos claros disminuía sensiblemente el papel central del Partido Bolchevique; por otra, cuestionaba seriamente el ‘genio’ político de Lenin.

En relación con este último tema, la primera biografía de Lenin publicada por Robert Service (1995) (11) llamó la atención respecto de una serie de decisiones potencialmente erróneas adoptadas por éste a partir de su retorno a Rusia en abril de 1917: en ese mes, su planteo reclamando la toma del poder por parte de los *soviets* a través de la movilización de las masas pudo tener como consecuencia la ilegalización del Partido Bolchevique; también la demora en prevenir a los militantes de abstenerse en intentar la toma del poder en julio nuevamente puso en riesgo la supervivencia del Partido; a mediados de septiembre, asimismo, su prematuro llamado a una insurrección pudo haber conducido a una movilización de mencheviques y socialistas revolucionarios en apoyo de Kerenski, que sin duda hubiera acabado con los bolcheviques. Aunque nadie ha puesto en discusión el papel de Lenin en los sucesos de octubre, de la investigación de Service no surge precisamente la imagen de un líder infalible.

Por otra parte, la interpretación revisionista se mostraba muy crítica respecto de la actuación posterior de Lenin y el Partido Bolchevique. El punto de partida es la idea de que los acontecimientos de octubre fueron formalmente aceptados por la mayoría de la población, ya que entre el Partido Bolchevique y el Partido Socialista Revolucionario obtuvieron más del 60% del total de los votos a la Asamblea Constituyente, aunque sus planteos respecto del futuro fueran diferentes. Sin embargo, en los meses siguientes fue surgiendo una oposición al accionar de los bolcheviques que se manifestó en los sectores desplazados del poder pero también entre los trabajadores y los campesinos, los primeros como consecuencia del disminuido papel que le cabía a los *soviets* en la nueva realidad, y

los últimos afectados por la política gubernamental de requisición de granos. La respuesta desde el poder fue la implementación de medidas destinadas a consolidar una dictadura de partido único. Autores revisionistas como Ronald Kowalski y Steve A. Smith han argumentado en este sentido.

En una obra que constituye una transcripción comentada de fuentes (12), Kowalski (1997) afirma que como consecuencia de su actuación los bolcheviques perdieron “toda la legitimidad que tenían en Octubre y se mantuvieron en el poder a través de medios dictatoriales” (p. 12), y sus conclusiones son que “la degeneración de la Revolución en una dictadura de tipo stalinista estaba probablemente determinada hacia 1921” (p. 12). En una obra anterior (Kowalski 1991), dedicada al estudio de la ‘oposición comunista de izquierda’ surgida en los primeros meses posteriores a la revolución de octubre, Kowalski había sostenido que en el núcleo de la ideología bolchevique existían contradicciones profundas, ‘déficit democráticos’, que hacían imposible, aun en el mejor escenario posible, la creación de una sociedad socialista democrática. En sus palabras:

Aunque los Comunistas de Izquierda hubieran triunfado en 1918, aunque Rusia se hubiera librado de los horrores de la Guerra Civil y, *mirabili dictu*, aunque los trabajadores del mundo hubieran acudido en su ayuda, es dudoso que hubiera surgido un socialismo con rostro humano. Las preconcepciones ideológicas del Comunismo de Izquierda habrían conducido a la conformación de un sistema centralizado, burocrático, no una sociedad emancipada en la cual poder se difundiera entre los trabajadores. (Kowalski 1991: 188)

La posición de Steve Smith es más matizada: en la síntesis de la revolución que publicó recientemente, ésta queda expresada con claridad. Por una parte, afirma que la toma del poder por parte de los bolcheviques fue el resultado de una coyuntura en la cual las posibilidades –limitadas pero existentes– de estabilizar una democracia –bien que fuertemente sesgada en un sentido socialista– se vieron afectadas por las contradicciones que manifestaron los partidos socialistas moderados en cuanto a resolver problemas como el de la tierra o el de la convocatoria a una Asamblea Constituyente, aunque el problema decisivo fue el de la guerra, “que exacerbó la profunda polarización en la sociedad hasta límites dramáticos” (Smith 2002: 39). La guerra, sostiene como conclusión, “tornó irresistible la toma del poder por parte de los bolcheviques” (p. 39).

Una vez producidos los acontecimientos de octubre, la disolución de la Asamblea Constituyente clausuró las posibilidades de estabilizar una democracia en Rusia por más de setenta años, y, por lo tanto, las mayores responsabilidades también en este tema corren por cuenta de los bolcheviques, pero Smith sostiene que en ese momento ya las posibilidades de éxito eran muy escasas, en tanto el apoyo a las instituciones democráticas era muy limitado –los campesinos sólo querían ver asegurados sus derechos sobre la tierra y no protestaron contra la maniobra de los bolcheviques–, haciendo claramente la ‘debilidad de la cultura democrática’ de los rusos.

Finalmente, en relación con el rumbo dictatorial seguido por los bolcheviques, si bien también les atribuye la mayor responsabilidad, llama la atención sobre el comportamiento de los partidos de la oposición, los que después de los sucesos de octubre “se encontraron frente a un escenario para el cual estaban ideológicamente mal preparados y cayeron en amargos y debilitadores disensos” (Smith 2002: 65). Ante un comportamiento en muchos casos directamente contradictorio, que se manifestaba, por ejemplo, en la oposición armada de los socialistas revolucionarios en algunas regiones, los bolcheviques se afirmaron en la idea de que ellos constituían el único partido que representaba los intereses del proletariado y, por lo tanto, los otros eran representantes de la ‘pequeña burguesía’. A su vez, las dramáticas circunstancias –una guerra civil en el interior, la intervención externa– llevó a que se produjeran cambios en los comportamientos dentro del partido: “la suprema necesidad de tomar rápidas decisiones y de hacer que se cumplieran determinó que el debate y la democracia interna fueran crecientemente vistas como lujos” (Smith 2002: 67); las tendencias hacia la centralización del poder y a que la toma de decisiones quedaran en manos de una minoría de altos dirigentes del partido se tornaron imparables. Gradualmente, el margen de discusión se fue estrechando y

[...] hacia el final de la guerra civil era inconcebible que un bolchevique sostuviera –lo que hubiera sido perfectamente posible en octubre de 1917– que otros partidos socialistas estuvieran representados en los soviets o que la libertad de prensa pudiera extenderse a las publicaciones ‘burguesas’. (Smith 2002: 65)

En su argumentación sobre el rumbo final del proceso, en la visión de Smith es decisivo –a los efectos de entender toda la situación– el momento en que Lenin respondió a las demandas de los Centralistas Democráticos afirmando que la democracia socialista soviética no era incompatible con la conducción o la dictadura de una sola persona; “de esa posición nunca se retrajo” (Smith 2002: 71).

De cualquier manera, para la mayor parte de la ortodoxia soviética los trabajos de los revisionistas fueron calificados como una variación de las posiciones occidentales antibolcheviques, una versión sofisticada de la ‘falsificación burguesa’.

Las repercusiones de los sucesos de 1989-1991

El rápido derrumbe de los regímenes de Europa del Este tuvo una profunda repercusión en los estudios sobre la revolución rusa; ésta se transformó en ‘historia’ en un nuevo sentido. En primer término, los historiadores accedieron a una nueva y más amplia perspectiva del régimen que nació en octubre de 1917: ahora se podía apreciar su comienzo, desarrollo y final, y esta visión global era apropiada para especular respecto

del significado del proceso en su conjunto. En segundo término, hasta 1989, la existencia del régimen soviético y de la ‘guerra fría’ implicaba que el estudio de la Revolución Rusa no podía ser aislado de las presiones políticas coyunturales. Este escenario ya no existe más, lo que no significa que la Revolución haya dejado de ser objeto de controversia política, pero lo cierto es que la nueva realidad brinda a los historiadores un margen más amplio para escoger sus temas de investigación.

El impacto del hundimiento del socialismo sobre el campo historiográfico soviético fue —como no podía ser de otra manera— enormemente perturbador. Dos notables estudios realizados por Richard W. Davies, profesor de la Universidad de Birmingham, han analizado en detalle las vicisitudes de la historia soviética durante la *perestroika* y durante la era de Yeltsin (Davies 1989, 1997). Temas como la enseñanza de la historia de la revolución, la apertura de los archivos y el surgimiento de una nueva visión del pasado reciente de los rusos, son abordados de forma que aparece claramente perfilado el impresionante impacto que los sucesos de 1989–1991 tuvieron sobre el conjunto de la disciplina.

En relación con las aportaciones historiográficas, el hecho más destacado, y sin duda negativo, lo ha constituido la aparición de un nuevo paradigma (nuevo para el ámbito intelectual ruso). En palabras de uno de sus críticos,

[...] su base ideológica la constituye el rechazo de cualquier posible elemento positivo en el marxismo-leninismo, en el concepto de socialismo. En la práctica esto implica presentar la historia del período soviético exclusivamente desde una perspectiva negativa. Han comenzado a crearse nuevos estereotipos: la idealización del período prerrevolucionario, la canonización de Nicolás II, la revalorización de la Iglesia Ortodoxa Rusa, el rechazo frontal de la lucha de clases, del significado de la revolución de Octubre, etc. (Kornev citado por Kowalski 1997: 9)

Sin duda hay excepciones, entre las que podemos destacar a Víctor Danilov, alguno de cuyos trabajos incluso fueron traducidos al inglés (Danilov 1988), pero la visión dominante es fundamentalmente ‘denunciatoria’. En esta línea, muchos historiadores soviéticos experimentaron una ‘mágica transformación’, convirtiéndose en demócratas de la noche a la mañana, denunciando entonces a los sucesos de octubre y a la figura de Lenin como el punto de partida de todos los sufrimientos que experimentó el país desde 1917 (13). La caracterización del régimen surgido de la revolución como ‘totalitario’ se impuso mayoritariamente, asimilado con el fascismo.

Por su parte, en el ámbito anglosajón, la caída de los regímenes de Europa del Este produjo, como es natural, un vigoroso resurgimiento de la ‘visión liberal’, sintetizada en los dos voluminosos estudios de Richard Pipes, el influyente profesor de Harvard, asesor de Ronald Reagan en cuestiones de Europa oriental: *The Russian Revolution, 1899-1918* (1991) y *Russia under the Bolshevik Regime, 1919-1924* (1994). El núcleo de la interpretación de la Revolución de Octubre de este ‘esforzado combatiente de la guerra

fría', puede resumirse así: fue un 'golpe de estado' conducido por una banda de intelectuales fanáticos sin 'mandato popular' que se apoderó de los 'centros nerviosos' del Estado, engañando a la mayoría de la población. Cuestiona entonces de manera rotunda la concepción de que los bolcheviques tomaron el poder como consecuencia de una explosión popular. Por lo tanto, la idea revisionista de una 'revolución desde abajo' es condenada con dureza:

[...] monografías académicas intentan fundamentar esta visión, llenas de estadísticas y en su mayor parte tan ilegibles como irrelevantes para el entendimiento de la cuestión, y silenciosas en sus dimensiones políticas e ideológicas, que emergen claramente de las plumas de estos historiadores y sus discípulos. (Kowalski 1997: 8)

La principal aportación de Pipes residía en el despliegue de una elaborada argumentación destinada a reforzar su postura profundamente antibolchevique.

Otra obra de importancia en esa línea es *The Soviet Tragedy. A History of Socialism in Russia, 1917-1991* de Martin Malia (1994), veterano profesor de la Universidad de Berkeley (California) y del College de France. Su ensayo se apoya en la tesis de que la revolución fue el resultado de la captura por parte de una minoría 'iluminada' –los bolcheviques o, mejor dicho, un sector de éstos, encabezado por Lenin y Trotsky– de un proceso en el que las aspiraciones de los trabajadores, dirigidas hacia la conformación de un gobierno de los soviets, se recondujo hacia el objetivo utópico de la 'construcción del socialismo' a partir de la conformación de un régimen de partido único. Se construyó entonces el 'mito' de la revolución proletaria de octubre, "el mito del triunfo de las masas alienadas y deshumanizadas por sobre todos sus sufrimientos y privaciones" (Malia 1994: 108). Ese poderoso mito fue, en su visión, la plataforma de lanzamiento de la aventura soviética, la cual, en su análisis, no podía tomar otro rumbo que el que tomó: el de una dictadura totalitaria. Una de sus afirmaciones más fuertes es que "el experimento Sovietico se convirtió en totalitario no 'a pesar' de ser socialista sino justamente 'porque' era socialista" (Malia 1994: 498).

Una obra colectiva elaborada en esa misma corriente interpretativa, pero sin duda influenciada por los temas tratados por las corrientes revisionistas (Brovkin 1997), planteó explícitamente la necesidad de estudiar "los sujetos olvidados de la historia de la Revolución Rusa" (p. 4), justamente con el objeto de demostrar que hubo numerosos grupos sociales –desde los partidos antibolcheviques hasta los consejos de trabajadores independientes, pasando por la iglesia y las bandas de campesinos– que resistieron la imposición de la dictadura bolchevique.

Pese al clima favorable a la hegemonía de estas concepciones liberales, las aportaciones revisionistas continuaron su labor. Para citar solo un ejemplo de importancia, una obra de Christopher Read (1996), profesor de la Universidad de Warwick, aportó una valiosa visión del proceso revolucionario en varios escenarios del imperio, prestando atención a

las experiencias “de la población común de Rusia” (p. 7), incluyendo temas poco atendidos en general como el de la situación de las minorías nacionales. Una de las interesantes hipótesis que maneja Read es que:

[...] la tragedia de la Revolución reside en el fracaso de los Bolcheviques en reconocer las reales dimensiones de la Revolución y tratar en cambio de perseguir el logro de sus rígidos presupuestos acerca de lo que la Revolución ‘debería’ ser y de la manera en que sus principales protagonistas ‘deberían’ actuar. (Read 1996: 7)

Ciertamente, sin embargo, se puede acusar a los revisionistas de no prestar adecuada atención a la autonomía de la política en determinadas coyunturas; en particular, se ha destacado que no es suficiente destacar la profundidad de la crisis económico-social de 1917 para explicar el vuelco de los trabajadores hacia posiciones revolucionarias; para que la revolución se produjera existieron partidos políticos –liderados por la *intelligentsia*– que con sus programas buscaron ganarse el apoyo de las masas. Los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, proveyeron entonces un programa atractivo para satisfacer las demandas de trabajadores, campesinos y soldados, basado en la toma del poder por parte de los soviets. El fracaso de otras alternativas condujo a que sectores crecientes de las clases populares se volcaran en apoyo de los bolcheviques porque éstos, situados fuera del aparato de gobierno, les ofrecieron una opción que sintonizaba con sus expectativas.

La culminación de la tarea revisionista en la segunda mitad de la década del noventa fueron dos obras, que constituyen –en diferentes registros– la alternativa a la visión liberal liderada por Pipes. Una de ellas es la obra del joven profesor de Cambridge, Orlando Figes, *La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo* (2000), afortunadamente traducida al castellano.

Trabajo de una inusual extensión -casi 1.000 páginas–, el libro, en palabras de su autor,

[...] es una historia social en el sentido de que se centra sobre todo en la gente corriente. He intentado presentar a las fuerzas sociales más importantes (el campesinado, la clase obrera, los soldados y las minorías nacionales) como los participantes de su propio drama revolucionario en lugar de cómo las ‘víctimas’ de la Revolución. (Figes 2000: 16)

Si bien toma distancia respecto de lo que considera el enfoque ‘finalista’ de algunos revisionistas –en este tema, según su visión, asociado a las posturas surgidas del mundo historiográfico soviético– recoge las aportaciones del conjunto de éstos para enfatizar que los mismos “han puesto de manifiesto que en lugar de una sola revolución abstracta impuesta por los bolcheviques sobre toda Rusia, a menudo ésta quedó configurada por las pasiones y los intereses locales” (Figes 2000: 16) (14).

La otra aportación de envergadura proveniente de los trabajos de los revisionistas es la obra colectiva *Critical Companion to the Russian Revolution*, editada por Edward Acton (inglés), Vladimir I. Cherniaev (ruso) y William G. Rosenberg (estadounidense), en la que 46 especialistas –34 anglosajones, 7 rusos y el resto de diferentes nacionalidades– abordan

una gran cantidad de temáticas vinculadas con el proceso revolucionario (Acton, Cherniaev & Rosenberg 1997). En la misma se incluyen una serie de trabajos cuyo elemento común es justamente su carácter crítico, dando cuenta de la complejidad del proceso revolucionario a partir del tratamiento de cuestiones como las de los actores individuales, los partidos políticos, las instituciones, los grupos sociales, las problemáticas nacionales, las cuestiones de género, etcétera.

En ambas obras, sin embargo, aparece con claridad una nueva situación: que la visión revisionista está atravesada por las transformaciones que produjo sobre la disciplina el cambio intelectual conocido con el nombre de ‘posmodernismo’.

El impacto del posmodernismo

Varias fueron las repercusiones de las concepciones posmodernas sobre los estudios vinculados con la Revolución Rusa. Por una parte, algunas de éstas jugaron un papel de importancia en la elaboración de una nueva agenda para la investigación. El énfasis en las cuestiones culturales (15), así como también en los temas vinculados con el análisis del discurso, han sensibilizado a algunos historiadores respecto de cuestiones antes tratadas de manera superficial, impulsándolos a revisar su propio aparato conceptual para reconocer y sacar los presupuestos y cuestiones implícitas incorporadas al lenguaje que emplean, sean éstas vinculadas con los valores, procesos o relaciones, o acerca del progreso, la modernización o las cuestiones de género (16). No menos importante es el hecho de que comenzaron a aproximarse a los complejos caminos a través de los cuales los variados discursos de los sujetos que estudian afectaron a la manera como los receptores de esos discursos entendían y actuaban frente al mundo que los rodeaba. En este sentido, el trabajo pionero de Figes y Kolonitskii (2001) sobre el papel que cumplió el lenguaje en conformar las identidades políticas y el discurso político de la Revolución, constituye una interesante aportación para tomar conciencia respecto de las posibilidades que el ‘giro lingüístico’ brinda al conocimiento de determinados aspectos del período revolucionario.

Por lo tanto, este tipo de estudios –todavía escasos, lamentablemente– han permitido mejorar nuestra comprensión de las relaciones sociales y sus consecuencias políticas mostrando, por ejemplo, los mecanismos a través de los cuales los bolcheviques lograron sintonizar con las aspiraciones de las masas, o también descubriendo el profundo impacto que tuvo la revolución en las relaciones de poder, más allá de las asociadas a las instituciones formales del Estado y a las vinculadas con la propiedad (17). En algún sentido, entonces, la ‘nueva historia cultural’ constituyó una extensión de la ‘nueva historia social’ que apuntaló la corriente revisionista. La obra de teóricos como Pierre Bourdieu, Norbert Elias, Mikhail Bakhtin y otros comenzó a aparecer en los estudios de los nuevos especialistas anglosajones en la Revolución Rusa (por ejemplo, Kelly & Shepherd 1998).

Pero, al mismo tiempo, otros aspectos de la visión posmoderna han contribuido al surgimiento de un clima cultural que favorece la aceptación de las posturas liberales. Esto es así debido a que de un lenguaje supuestamente liberado de sus raíces sociales se pasó con demasiada facilidad a un terreno en el que se repudiaban los hallazgos mismos del análisis de lo social. Esta postura de escepticismo extremo y crudo relativismo, su rechazo a toda la tradición de investigación cuyas orígenes se encuentran en la Ilustración, si bien no ha conducido al surgimiento de trabajos significativos vinculados con la Revolución Rusa, por distintas razones apunta la postura que defiende el conjunto de la obra de Richard Pipes.

En primer término, como sabemos, este escepticismo ha puesto en entredicho la noción de que existe la posibilidad de una ‘gran narración’ en historia, rechazando la idea de que hay una historia de progreso para contar, sea ésta en términos de ideas o instituciones, de dignidad humana o de hábitos sociales que, por supuesto, puede ser recobrada y explicada. Al cuestionar en general la fe en el poder de la razón, pone entonces en tela de juicio la idea de la existencia de la historia como relato racional de las acciones de los hombres. Esta postura se enfrenta directamente con toda aproximación al pasado de corte hegeliano, marxista e incluso cristiano, pero también, yendo a nuestro tema, ataca los más modestos objetivos de las recientes investigaciones respecto, por ejemplo, de las aspiraciones de las masas en el último período de la Rusia imperial. Por lo tanto, el efecto general de esta actitud hacia el pasado favorece el abordaje de la Revolución Rusa como un acontecimiento dependiente de avatares políticos, del azar, resultando muy poco más que una casualidad que se haya resuelto de la manera en que finalmente ocurrió.

En segundo término, esta corriente escéptica, basada como está en la negación de que el análisis social pueda construir sus propios conceptos, expresa entonces profundas dudas respecto de cualquier abordaje histórico que ponga énfasis en las objetivas condiciones socioeconómicas. Aunque tenga poco que decir respecto de ‘qué’ puede ser analizado y conocido, su mensaje negativo, su voluntad de rechazar de plano los términos y conceptos de los cuales depende el análisis de lo social, es mucho más crítico con los trabajos de los revisionistas respecto del abordaje liberal, que relega a la periferia los temas económicos y las cuestiones sociales.

En tercer término, como corolario de lo dicho hasta ahora, en la medida en que todos somos prisioneros de un discurso u otro, se tiende no sólo a privilegiar lo subjetivo sino a tratarlo como autónomo. Esto implica que si el estudio del pasado tiene algún sentido, la acción humana y el cambio social deben ser explicados en términos de las ideas, valores e imágenes mentales de la gente. Es esta noción la que ha tenido las más serias implicancias sobre un posible abordaje crítico y reflexivo en relación con el tema de la Revolución Rusa, al apuntalar las tradicionales interpretaciones liberales. Es que si

aceptamos la primacía causal y la autonomía de las ideas para explicar el desenlace político de la Revolución, no hay necesidad de complementar el estudio del mundo mental de los hombres y las mujeres con el análisis de su experiencia material.

A manera de conclusión

Los estudios sobre la Revolución Rusa en el último medio siglo se han situado en el corazón de cruciales cuestiones historiográficas y políticas. Como se ha visto, sufrieron primero el impacto de la gran expansión de los estudios de historia social de las décadas del sesenta y setenta, y luego se vieron afectados por las repercusiones de las concepciones posmodernistas. Por otra parte, los avatares de la realidad política de la segunda posguerra –fundamentalmente los acontecimientos de la Guerra Fría– constituyeron un factor condicionante tanto en la elección de los temas como en las características del abordaje, así como el hundimiento de la experiencia socialista introdujo un nuevo factor, sobre todo negativo, en el debate historiográfico.

A la altura de la primera década del siglo XXI, asimilado siquiera parcialmente el impacto de las transformaciones verificadas en los últimos años, cabe entonces formular algunos comentarios:

- 1) A favor del surgimiento de nuevos temas de investigación existe el hecho objetivo de que se dispone de una gran cantidad de material en condiciones de ser analizado; la apertura de archivos, iniciada ya en la época de Gorbachov, ha dado lugar a la aparición de diferentes trabajos (18). Si bien hay coincidencias respecto de que la nueva documentación difícilmente aporte novedades de significación en cuestiones centrales del proceso revolucionario, sin duda va a permitir profundizar diferentes aspectos del mismo.
- 2) En relación con esto, los nuevos temas de estudio introducidos por las concepciones posmodernistas, desde las problemáticas de género hasta el análisis del discurso, pasando por los abordajes de tipo cultural, abren un amplio campo a la investigación.
- 3) Sin duda, el derrumbe de las experiencias del socialismo real ha contribuido inicialmente a potenciar las posiciones condenatorias, carentes en general de sutileza y crudamente orientadas a descalificar todo lo ocurrido desde 1917 hasta el rápido final. No obstante, considero que la misma cambiante realidad conducirá con rapidez –de hecho esto ya está ocurriendo (19)– a que se reduzcan al mínimo los abordajes atravesados por los juicios *a priori* para ceder paso a análisis más ponderados, en los que desaparezcan los ecos de la Guerra Fría y se torne posible la elaboración de explicaciones alejadas de la ‘demonización’ *a priori* de una experiencia en la que creyeron con fuerza millones de personas de varias generaciones.

Notas

- (1) Una primera versión de este texto es Saborido (2003).
- (2) En varios trabajos, Edward Acton, uno de los historiadores que en mayor medida se ha dedicado al tema, fundamentó la existencia de una corriente de extrema izquierda, que denomina 'libertaria'. Uno de los textos en los que desarrolla esta idea es Acton citado en Rogovin Frankel, Frankel & Knei-Paz (1992). Sin embargo, creemos que las pautas y elementos que comparten quienes son incluidos en la misma no son suficientemente sólidos como para poder hablar de una alternativa frente a las concepciones que se analizan en este texto.
- (3) Una manera de exponer estos postulados es la que realiza Burawoy (2003) y que puede resumirse así:
 - 1) En cierto estadio de su desarrollo las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, convirtiéndose éstas en una traba para la continuidad del desarrollo de aquéllas; 2) comienza entonces un período de revolución social, dado que si bien las condiciones económicas de producción pueden determinarse con la precisión de las ciencias naturales, el impacto de éstas sobre las estructuras políticas, sociales, culturales tiene variadas dimensiones: a medida que los hombres toman conciencia del conflicto entran en combate; 3) ningún orden social desaparece antes de haber desarrollado todas sus potencialidades en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas, y no surgen relaciones de producción superadoras antes de haberse creado las condiciones materiales en el seno de la vieja sociedad. (Burawoy 2003: 42)
- (4) Uno de los acontecimientos más significativos fue la controversia generada por los trabajos de Eduard Burdzhhalov, quien cuestionó desde órganos oficiales las tácticas de los bolcheviques durante el período transcurrido entre la revolución de febrero y la llegada de Lenin a Petrogrado en abril. La obra de Burdzhhalov más conocida en Occidente es *Russia's Second Revolution. The February 1917 Uprising in Petrograd* (1987).
- (5) Una primera aproximación al tema la realiza en *Lecciones de Octubre*, texto escrito en 1924 (Trotsky 1975).
- (6) Sobre el concepto de 'desarrollo combinado', es útil consultar, además de los textos citados del mismo Trotsky, el análisis de Knei-Paz (Knei-Paz 1979: 62-107).
- (7) Por supuesto, de ese consenso estaban excluidos, en el ámbito académico británico, tanto Edward H. Carr como Isaac Deutscher.
- (8) El pionero en Estados Unidos de esta corriente es Leopold Haimson (por ejemplo, Haimson 1955).
- (9) Aunque sus temas de investigación no se centran específicamente en el proceso revolucionario, la obra del polaco Moshe Lewin, profesor en las universidades de Nueva York, Birmingham y Filadelfia, es fundamental en el impulso adquirido por la corriente 'revisionista'. Una colección de sus artículos se encuentra en Lewin (1985). También es necesario citar la obra de Sheila Fitzpatrick (2005), autora de una de las síntesis más conocidas sobre el proceso revolucionario, aunque sus aportaciones se centran más en el período stalinista.
- (10) Probablemente, la más importante fue la traducción en 1989 de la monografía de Abraham Rabinowitch: *The Bolsheviks come to power* (1976).
- (11) Service publicó luego una nueva versión, basada en la consulta de los archivos soviéticos abiertos en la década de 1990, que sin embargo no introduce modificaciones de fondo, aunque enfatiza de manera algo exagerada la importancia de determinados aspectos de su vida privada (Service: 2001).
- (12) (Kowalski 1997)
- (13) En este sentido es interesante destacar la figura de Dmitri Volkogonov, general que ocupó el cargo de director del Instituto de Historia Militar durante el régimen, transformándose luego en un virulento crítico del conjunto del legado revolucionario. Sus obras principales son las biografías de Stalin (1991), Lenin (1996) y Trotsky (1997).

- (14) Idem.
- (15) En relación con Rusia, es interesante el tratamiento de la cultura popular en Sities (1992).
- (16) Sobre el papel de las mujeres en la revolución, Goldman (1993) y Clements (1997).
- (17) Varios de los trabajos de la obra de Acton, Cherniav y Rosenberg abordan esta temática.
- (18) Uno de ellos, realizado justamente por Pipes (1998), se centró en destacar nuevos aspectos de la personalidad de Lenin a partir de su archivo secreto.
- (19) La obra colectiva de Acton, Cherniav y Rosenberg, ya citada, se sitúa claramente en esta línea.

Bibliografía

- Acton, E. (1990). *Rethinking the Russian Revolution*. Londres: Arnold.
- _____ (1992). "The Libertarians vindicated? The libertarian view of the revolution in the lighth of recent Western research". En Rogovin Frankel, E.; Frankel, J. & Knei-Paz, B., *Revolution in Russia: Reassessments of 1917*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Acton, E.; Cherniav, V. I.; Rosenberg, W. G. (Eds.) (1997). *Critical Companion to the Russian Revolution*. Indianapolis, Indiana: University Press.
- Bonnell, V. (Ed.) (1983). *The Russian Worker. Life and Labor under the Tsarist Regime*. Berkeley: University of California Press.
- Brovkin, V. (Ed.) (1997). *The Bolsheviks in Russian Society*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Burawoy, M. (2003). *Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol versus Trotsky*. Buenos Aires: Prometeo.
- Burdzhalov, E. N. (1987). *Russia's Second Revolution. The February 1917 Uprising in Petrograd*. Bloomington, Indiana: Indiana University Press.
- Clements, B. E. (1997). *Bolshevik Women*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Corney, F. C. (2004). *Telling October. Memory and the Making of the Bolshevik Revolution*. Itaca y Londres: Cornell University Press.
- Daniels, R. (1967). *Red October*. Nueva York: C. Scribner.
- Danilov, V. (1988). *Rural Russia under the New Regime*. Londres: Hutchinson.
- Davies, R. W. (1989). *Soviet History in the Gorbachev Revolution*. Indianapolis: Indiana University Press.
- _____ (1997). *Soviet History in the Yeltsin era*. Londres: MacMillan Press.
- _____ (1998). *Soviet economic development from Lenin to Khrushchev*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Deutscher, I. (1979). *El profeta desterrado*. Barcelona: Era.
- _____ (1984). *El profeta armado*. México: Era.
- _____ (1985). *El profeta desarmado*. Barcelona: Era.
- Figes, O. (1990). *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution (1917-1921)*. Oxford: Oxford University Press.
- Figes, O. (2000). *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*. Madrid: Edhasa.
- _____ (2001). *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution 1917-1921*. Phoenix: Phoenix Press.
- Figes, O. & Kolonitskiï, B. (2001). *Interpretar la Revolución Rusa*. Valencia: Biblioteca Nueva.
- Fitzpatrick, S. (2005). *La Revolución rusa*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gatrell, P. (1986). *The Tsarist Economy, 1850-1917*. Nueva York: St. Martin's Press.

- _____ (1994). *Government, Industry and Rearmament in Russia, 1900-1914*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gleason, A. (1995). *Totalitarianism. The inner history of the Cold War*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- Goldman, W. Z. (1993). *Women, the State and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Haimson, L. H. (1955). *The Russian Marxists and the Origins of Bolshevism*. Cambridge: Harvard University Press.
- _____ (1975). *History of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks): Short Course*. Greenwood: Greenwood Group.
- Keep, J. H. L. (1976). *The Russian Revolution: A Study in Mass Mobilisation*. Londres: Weidenfeld y Nicholson.
- Kelly, C. & D. Shepherd (1998). *Constructing Russian Culture in the Age of Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
- Knei-Paz, B. (1979). *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*. Oxford: Clarendon Press.
- Koenker, D. & Rosenberg, W. G. (1989). *Strikes and Revolution in Russia, 1917*. Princeton: Princeton University Press.
- Kowalski, R. (1991). *The Bolshevik Party in Conflict: the Left Communism opposition of 1918*. Londres: Macmillan Press.
- _____ (1997). *The Russian Revolution 1917-1921*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Lewin, M. (1985). *The Making of the Soviet System*. Nueva York: Methuen.
- Malia, M. (1994). *The Soviet Tragedy. A History of Socialism in Russia, 1917-1991*. Nueva York y Londres: The Free Press.
- Miller, M. (2001). *The Russian Revolution: The Essential Readings*. Oxford y Massachusetts: Blackwell.
- Pipes, R. (1991). *The Russian Revolution*. Nueva York: Vintage.
- _____ (1994). *Russia under the Bolshevik Regime*. Nueva York: Vintage.
- _____ (1998). *The Unknown Lenin*. New Haven, Londres: Yale University Press.
- Rabinowitch, A. (1976). *The Bolsheviks Come to Power*. Nueva York y Toronto: Norton and Company.
- Raleigh, D. H. (Ed.) (1987). *The Workers' Revolution in Russia, 1917: the view from below*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Read, C. (1996). *From Tsar to Soviets. The Russian people and their revolution, 1917-1921*. Londres: UCL Press.
- Rogovin Frankel, E.; Frankel, J. & Knei-Paz, B. (1992). *Revolution in Russia: Reassessments of 1917*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Saborido, J. (2003). "La historiografía anglosajona sobre la Revolución Rusa: una visión del último medio siglo". *Hispania*, N° 215, 1081-1098.
- Schapiro, L. (1960). *The Communist Party of the Soviet Union*. Londres: MacMillan Press.
- _____ (1977). *The Origin of the Communist Autocracy: Political Opposition in the Soviet State, First Phase, 1917-1922*. Londres: MacMillan Press.
- Service, R. (1979). *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change, 1917-1922*. Londres: MacMillan Press.
- _____ (1995). *Lenin, Vol. III. The Iron Ring*. Londres: MacMillan Press.
- _____ (2001). *Lenin. Una biografía*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Smith, S. (1983). *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-1918*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (2001). "Writing the History of the Russian Revolution after the Fall of Communism". En Miller, M., *The Russian Revolution: The Essential Readings*. Oxford y Massachusetts: Blackwell.
- _____ (2002). *The Russian Revolution*. Oxford: Oxford University Press.

- Stites, R. (1992). *Russian popular culture. Entertainment and society since 1900*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Suny, R. & Adams, A. (Eds.) (1990). *The Russian Revolution and Bolshevik Victory. Visions and Revisions*. Lexington, Toronto: Heath.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832, Vol. 2*. Barcelona: Crítica.
- Traverso, E. (2001). *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires: Eudeba.
- Trotsky, L. (1975). *Lecciones de Octubre*. Buenos Aires: El Yunque.
- _____ (1985). *Historia de la Revolución rusa. Vol. 2*. Madrid: SARPE.
- _____ (1992). *La revolución traicionada. ¿Qué es y adónde se dirige la Unión Soviética?* Nueva York: Pathfinder.
- Ulam, A. (1969). *Los Bolcheviques*. Barcelona: Grijalbo.
- Volkogonov, D. (1991). *Stalin. Triumph and Tragedy*. Nueva Cork: Forum.
- _____ (1996). *El verdadero Lenin*. Barcelona: Anaya y Mario Muchnik.
- _____ (1997). *Trotsky. The Eternal Revolutionary*. Londres: Harper Collins.
- Wilde, H. (1972). *Trotsky*. Madrid: Alianza.
- Wildman, A. (1980,1987). *The End of the Russian Imperial Army, Vol. 2*. Princeton: Princeton University Press.

Fecha de recepción: 13/12/2006 · Fecha de aceptación: 17/05/2007